

# Turcos en la niebla

Enrique Del Risco  
Turcos en la niebla



El XX Premio de Novela Fernando Quiñones está patrocinado por la Fundación Unicaja.

Un jurado formado por Nadia Consolani, Jorge Eduardo Benavides, Antonio Rodríguez Almodóvar, Concha Quirós, Lola Larumbe, Lluís Morral, Ernesto Pérez Zúñiga, Ana Cañellas, Pedro Rivera, Rafael Muñoz Zayas y Valeria Ciompi otorgó a *Turcos en la niebla* el XX Premio de Novela Fernando Quiñones.

Diseño de colección: Estrada Design  
Diseño de cubierta: Manuel Estrada  
Fotografía de Geandy Pavón Zayas

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización..

© Enrique A. Del Risco Arrocha, 2019  
© Alianza Editorial, S.A. Madrid, 2019  
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15  
28027 Madrid  
[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)

ISBN: 978-84-9181-446-7  
Depósito legal: M. 775-2019  
Printed in Spain

—¿Y no se puede educar a los tigres?

—Hay muchos rajás de la India que los tienen en libertad en sus palacios, pero son siempre peligrosos.

—¿Se podría acostumbrarlos a que no comiesen carne?

*Los náufragos del Liguria*, EMILIO SALGARI

*Wonder:*

Mi vida podría terminar en unas horas, pero lo que me calienta la sangre es la sensación de que no ha empezado todavía. Que nunca va a empezar. Así que, cuando un francotirador de los SWAT consiga reventarme la frente de un balazo, va a ser una especie de aborto. Como matar a alguien que no ha nacido todavía. (Por si lo quieren saber: siempre he estado a favor del aborto. Y más si es el feto quien está tomando sus propias decisiones, como es mi caso.)

Para enterarse de lo que ocurrirá desde que empiece a disparar a todo el que se acerque hasta que el francotirador me saque de circulación les va a bastar con echarles una ojeada a los noticieros. Llegarán a la conclusión de que yo era otro loco que buscaba que le abrieran la cabeza en dos. Que este aborto un tanto tardío me lo tenía más que merecido.

Por eso existen todavía esos noticieros abominables que nadie ve hasta el final: para convencerte de que quienes hacen lo que siempre has soñado, pero no te atreves ni a confesártelo, están locos. Que no son gente como tú. Convencerte de que no

tienes que preocuparte, que no vas a terminar como ellos. Esos noticieros hediondos y pingüeros existen para que te resignes a todas las desgracias que te van pasando por arriba hasta convertir tu vida en un mazacote asqueroso. Esos noticieros existen para lo mismo que la religión: para que te sientas bien con tu mansedumbre. Sólo que el noticiero es más barato que una misa. Y mucho más corto. No te vas a tomar el trabajo de escuchar a una vecina diciendo que no se explica lo que le pasó a ese muchacho excelente, atento e impecable en el trato. Que yo la saludaba todos los días y, si hacía falta, le echaba una mano con el carrito de la compra. No tendrás paciencia para ver a mi madre haciendo pucheros y tratando de apartar la cámara de la televisión hispana con la mano libre mientras se limpia los mocos con papel toalla. Lo único que te interesa es determinar si yo era un loco autóctono o un terrorista importado; para sacar las conclusiones que tienes preparadas de antemano. Como si el arrebato fuera muy diferente, sea blanco o musulmán. Como si te importara de verdad. Lo que buscas es un pretexto para discutir si el Gobierno debería controlar la tenencia de armas para que no lleguen a las manos de locos como yo. O si deberías comprar una para poder defenderte de los terroristas. Tú no tienes miedo a que te maten, sino a aburrirte. A no tener nada que hacer ni que decir y ya no te quede otro remedio que asumir la clase de mierda irredenta que es tu vida. Yo no. Por eso intento esto que se parece tanto al suicidio. Pero no lo es, no te quede la menor duda. O lo es sólo en la medida en que se puede considerar suicidas a los kamikazes. Éstos no eran suicidas: eran soldados que usaban su cuerpo como proyectil, que es distinto. Pero tampoco, porque un kamikaze es un arma ofensiva, mientras que lo mío se limita a la legítima defensa de mis derechos. Por eso te estoy hablando a través de este teléfono a ti y a toda la humanidad. Para que me entiendan todos. Y para que no me confundan con el resto de los lo-

cos que andan por ahí: los que se buscan una buena ideología para explicar sus masacres y los que no se molestan en dar explicaciones. No pretendo asegurarme de que me entiendas. No estoy seguro de nada. Sólo estoy seguro de que el final de esta historia no va a ser feliz.

Mucho hablar de democracia y de derechos, pero en este país, una vez que pones en marcha ciertos resortes del Gobierno, no les queda otra opción que la de usar la fuerza. A partir de ahí, todo funcionará con el automatismo de una pistola cuando aprietas el gatillo. (En ese sentido, estoy de acuerdo: si piensas en el Gobierno americano como un mecanismo tan fatal como el de una pistola, esto es un suicidio.) Entonces, está más que garantizado que terminaré muerto. Lo que no puedo garantizar es que me entiendan. Pero lo voy a intentar.

*British:*

Yo no tenía por qué haber nacido en Cuba. Pude nacer en Bruselas o en Londres. Rodeado de la eficiencia de las enfermeras belgas. O de la asepsia británica. Esa manera de interactuar con todo sin contaminarse.

Tuve la posibilidad —mínima— de, al arribar a la mayoría de edad, convertirme en súbdito de la reina de Inglaterra.

Sin embargo, y para mi eterna desgracia, antes de llegar al séptimo mes de gestación, mi madre, esposa del agregado cultural de la embajada cubana ante el reino de Bélgica, decidió que era mejor que yo, al abandonar su útero, me enfrentara a la luz asfixiante del hospital de maternidad de Santa Clara, rodeado por toda su familia, que vendría desde Ranchuelo, y atendido por enfermeras que te tratan como familia, con el mismo descuido, con la misma soterrada inquina.

Le he perdonado a mi madre muchas cosas.

Los zapatos de charol blanco con hebillas que me ponía cuando niño.

Las burlas que esos zapatos de niña despertaron por todo Pogolotti (porque su marido, por esa fidelidad al régimen que no hacía sino disminuir su precio, nunca pidió que le diesen casa en Miramar o Nuevo Vedado).

Le he perdonado a mi madre esas rayas con que me dividía la cabeza por la mitad, que quién sabe si le enseñaron a mi pelo a fugarse de mi cabeza.

Le he perdonado incluso casarse con ese señor que se resigna a ser mi padre.

Lo que no le perdono, al menos en esta encarnación, es obligarme a nacer en aquella isla abominable.

Si le perdono haber utilizado los espermatozoides de mi padre para concebirme es —lo reconozco— por puro interés. Ni siquiera mi rencor contra él me impide reconocer que una de las pocas posibilidades que tenía de nacer fuera de aquella isla era ser hijo de alguien como él: un joven y prometedor oficial de la Seguridad del Estado, con pasable dominio del francés y ciega lealtad a esa patente de corso para el crimen, la infamia y el chacalismo que los historiadores han dado en llamar Revolución Cubana.

Pero pudo haber sido peor.

Mi padre pudo haber sido esbirro local, alguien a quien le bastara espiar a los vecinos y denunciar sus contrabandos de leche condensada o sus planes para escapar de aquella isla. En Bruselas era, en cambio, algo más (o menos) que espía. Su misión no era confundir, sino más bien lo contrario: debía dejarles claro a los funcionarios de la embajada que cada gesto y cada palabra que emitieran serían sopesados en la misma fanática balanza con que hasta hoy evalúa el mundo. Advertirles que del cuidado que pusieran en su comportamiento público y privado dependía cómo serían retratados en los informes que él enviaba a la Dirección de Inteligencia del Ministerio del Interior en La Habana. Parte de sus obligaciones era asistir a cócteles y en-



cuentros con intelectuales y periodistas, donde su olfato fundamentalista le servía para localizar y atraer sin esfuerzo a posibles agentes de influencia, dispuestos a entregarse a la causa y difundir sus bondades, sin otro pago que el placer de servirle. Porque lo primero que deberían saber es que serían soldados de una causa sin excedentes de divisa convertible. Luego vendrían las invitaciones a la playa más linda del mundo para disfrutar de placeres reservados una década atrás a multimillonarios yanquis. Pero eso llegaría cuando quedaran convencidos de que, por mucho que se esforzaran, siempre estarían bajo sospecha. Esa desesperanza, sembrada por mi padre sin otro cálculo que la búsqueda de un fervor similar al suyo, era el verdadero genio de su sistema: ninguna lealtad es más sólida que la del que se desvive por servir a quien nunca confiará del todo en él.

El tesón de mi padre en Bruselas se hacía sentir incluso entre los escasos exiliados que por allí había. Nunca les ahorró el temor de estar bajo su vigilancia directa. Téngase en cuenta además que, como agregado cultural, venía a sustituir al famoso escritor Guillermo Cabrera Infante. Éste acababa de desertar de su puesto de agregado cultural para integrarse, acompañado de su mujer y sus hijas, a las huestes del exilio. Que para sustituir al Maestro de la Lengua Bífida a mi padre le bastara su francés machucado y su lealtad a toda prueba no hacía más que acentuar su condición de representante de un mundo nuevo en el que las formas eran irrelevantes; o su condición de mero parche en el casco de la diplomacia revolucionaria.

Todo eso —insisto— puedo perdonarlo. Después de todo, el celo de mi padre lo condujo a Bruselas y lo retuvo allí un par de años, mucho más tiempo del que se puede esperar de alguien sin otras virtudes que la ceguera y la perseverancia.

Él al menos me dio la oportunidad de ser súbdito belga.

Fue mi madre la que, a impulsos de su talante patriótico (y de la flojera que le daba parirme sin mi abuela a su lado), me hundió

sin remedio en las tembladeras de la ciudadanía cubana. No importa que luego regresara con la personilla regordeta y peluda que era yo para acompañar a mi padre. La única consecuencia práctica del regreso a la que debió haber sido mi tierra natal es el recuerdo difuso de edificios grises y ominosos. O sea, más o menos la misma idea que tienen de Bruselas los que nunca han estado allí. Eso y la capacidad de reconocer canciones de Charles Aznavour sin haberlas escuchado nunca: eran las favoritas de mi madre durante los días de su embarazo y debieron flotar en el líquido amniótico que me envolvió durante siete meses. Siete meses porque, olvidaba decirlo, hice un esfuerzo final por destruir el plan de mi madre de darme a luz en su ardiente patria.

Porque no me dicen British por tener el pelo (que me queda) rubio y los ojos azules. Al menos, no los que conocen la historia de cómo me resistí a nacer en Cuba.

En la escala en Londres, en el aeropuerto de Gatwick, traté de hacerme sentir, contracción a contracción, y obligarla a desviarse hacia el hospital más cercano. A patada limpia traté de impedir que el sadismo idiota de mi madre me empujara a la catástrofe irreversible de nacer en el sitio equivocado. A un empleado del aeropuerto que quiso saber la causa de sus temblores mi madre le habló de indigestión con albóndigas. En realidad, estaba a punto de desmayarse. Ése hubiera sido mi boleto de entrada a un hospital londinense, mi salvación. Pero la muy ladina le pidió al empleado que la ayudara a llegar hasta la puerta del avión. Se tambaleó sola por el pasillo de la nave hasta llegar a su asiento. Desmayada. Cuando intenté redoblar mi pataleo, ya habíamos llegado al aeropuerto José Martí. Así que la plagiaria de mis días tuvo que resignarse a tener un hijo habanero en lugar de recorrer otros trescientos kilómetros por carretera y alumbrarme en la tierra que sentía más suya que el resto.

Si no le he perdonado su decisión de parirme en ese cucarachero enaltecido con el título de hospital en vez de en una clínica

ca belga o londinense es porque instaló en mí la sensación de que mi vida era, a partir de su mismo punto de partida, una caída imparable.

Cuando mi padre frustró mi penúltimo intento de fuga de aquel país; cuando días después me escapé de la casa y pernoctaba en las funerarias; cuando veía que los años se acumulaban sobre mi sueño de vivir en cualquier otro lugar: no maldecía ni al Gobierno ni a mi padre, sino que, imaginando el minuto exacto en el que mi madre resolvió alumbrarme en su país en lugar de dejarse llevar por las circunstancias, me defecaba en cada uno de sus segundos.

*Alejandra:*

Escribir este diario va a tener la ventaja de que el acento no va a ser un problema. Porque el acento porteño mío era, al llegar a esa Cuba huérfana de contactos con el exterior de los años setenta, el acento de la sospecha. Algo parecido pasaba en los años de la dictadura en Argentina con las mujeres que fumaban cigarrillos negros: los milicos asumían que habían aprendido a fumar cigarrillos tan impropios de su sexo en sus entrenamientos guerrilleros en Cuba, un lugar donde sólo había cigarrillos negros. Con eso les bastaba para sospechar de ti, y de ahí al acto de desaparecerte no había más que un paso. En eso los milicos estaban tan desinformados como en todo lo demás. En la Cuba que conocí no había una sola marca de cigarrillos, sino tres: Populares y Vegueros, hechos con tabaco negro, y Aromas, de un tabaco rubio y dulzón al que le decían «suave», aunque habría hecho llorar al *cowboy* machote que anunciaba el Marlboro.

Si mi acento argentino levantaba sospechas entre los fidelistas —porque indicaba un mínimo trato con el mundo pecador y corrupto del capitalismo—, también espantaba a los gusanos, quienes se sentían con derecho a pensar que me habían dejado entrar a Cuba porque mi familia era más comunista que Lenin.

Me dediqué a cambiar de acento, como si de aprender un idioma nuevo se tratara. Pero sin exagerar, porque no quería que pareciera que me burlaba de mis anfitriones. Si me preguntaban de dónde era, respondía que de Camagüey, porque de allí, decían, venían los cubanos que mejor hablaban, que era otra manera de decir que allí vivían los cubanos blancos con menos contacto con los cubanos negros. Mis amigas cubanas no agradecían mi esfuerzo: ellas querían sentirse importantes por andar con una de las pocas extranjeras que había en toda la ciudad, pero yo, con mi manía de hablar como camagüeyana, echaba a perder el lustre que me daba haber nacido en otro país.

A mi madre tampoco le gustó mi cambio de acento. La primera vez que me escuchó hablando en cubano fue durante una conversación por teléfono con Olguita. No dijo nada. Se me quedó mirando, como si en vez de con Olguita hablara con la policía militar argentina y les estuviese dictando las direcciones de los familiares que me quedaban allá. O peor: como si la abandonara sola en la isleta que hasta entonces habitábamos nosotras dos. Esa tarde mi madre no parecía recordar que mi abuela y su acento tenue mendocino habían sido traicionados a su vez por el chasqueo de manteca hirviendo que mi madre se había traído de Buenos Aires cuando fue a estudiar a la UBA. No se lo recordé a mi madre porque, aunque tuviera todas las palabras con las que decirle lo que pensaba, estaba en esa edad en la que sentimos que no hay nada que explicar: todo es tan obvio que se explica por sí mismo o tan oscuro que no vale la pena intentarlo. Y no fue una decisión menor la de cambiar mi acento por el cubano, porque fue la que me llevó de la isla pequeñita de mi madre a otra más grande, pero no menos impermeable. Y de ahí a esta otra en la que vivo, lejos de Cuba, pero sin dejar de estar rodeada de cubanos por todas partes, lo cual —hasta ellos mismos concuerdan en sus pocos lapsus autocríticos— no es precisamente una bendición.

*Eltico:*

Ahí la tienes, campeón, Manhattan en todo su esplendor. La mitad de los edificios más altos no estaban cuando yo llegué. O los que estaban eran otros, más viejos. Sin contar la torre de la Libertad, que es la que sobresale ahí a la derecha, al fondo. Está al lado de donde estaban las torres gemelas antes de que Osama bin Laden decidiera que sobraban. Al ver en la televisión la noticia de que un avión había chocado contra una de las torres, subí enseguida aquí, a la azotea. Estaba parado donde estás tú cuando vi el segundo avión venir. No lo vi chocar porque justo en ese momento se me escondió detrás del otro edificio, que ya estaba echando humo. Ahí fue que me dije: accidente ni carajo. Eso es cosa del Bin Laden. Ya en los noventa había tratado de tumbar esos mismos edificios, y lo lógico es que, si alguien lo volviera a intentar, fuera él. Pero no, no las vi caer. Sí vi el humo que salía de las torres. Un humo prieto y espeso. Una cosa extraña: un humo que no se movía, como de piedra. Una piedra oscura y que metía miedo.

Me quedé mirándolo hasta que empezó a sonar el teléfono allá abajo. Gente de todo el mundo, llamando para saber si uno estaba bien. Aunque supieran que no vivo en Nueva York, sino en Nueva Jersey. La gente no se conforma con lo que ve por televisión. Te preguntan si te pasó algo, pero lo que quieren es estar más cerca de la noticia. Hablaba con un primo mío que vivía en España cuando vi caer las torres. Por televisión, como todo el mundo. Lo vi y me quedé alelado. Al rato —porque tú sabes que siempre hay un retraso—, mi primo me gritó por el teléfono: «¡¿Viste eso?!». Yo seguía sin contestarle. Mi primo empezó a gritarme: «¡Oye, oye! ¿No me oyes? ¿Lo viste o no? Respóndeme, coño». «Sí. Lo vi», fue lo único que le dije.

Pero basta de cosas tristes, que el día está precioso y la vida es corta. Y el verano acá es más corto que la vida. Fíjate si Nueva York ha crecido que desde aquí antes se veía el Chrysler. Sí,

ésa es la punta, pero el resto no se ve. Los dueños del Chrysler querían que fuera el edificio más alto de la ciudad y hasta del mundo. Pero, en cuanto terminaron de construirlo, los del Empire State le pusieron la aguja ésa de metal que tiene en la punta. Con eso le sacaron el tramo de ventaja que le lleva al Chrysler. Es lo que dicen, pero bien pudieron habérselo inventado para hacer la historia más entretenida.

Ése a la izquierda, al fondo, detrás de ese edificio, es el puente George Washington. En cuanto tenga un tiempcito te llevo a un parque que hay debajo, a orillas del río. Muy lindo. El barquito ése que está cruzando el río es el ferri que conecta Nueva York con Nueva Jersey por este lado. Es para los ricos que viven allá abajo, en esos condominios a orillas del río. Digo ricos porque, cuando salieron al mercado en el 2000 o por ahí, esos apartamentos valían un millón de pesos. Tú sabes, con vistas a Manhattan y todas las comodidades: yo no los quiero ni regalados. Vi cómo los construían con unos palitos de mierda cubiertos de madera contrachapada y en un terreno de relleno. Había agua y lo rellenaron. Se lo quitaron al río. Antes estaban los muelles donde atracaban los barcos que traían las mercancías a Nueva York. Al final desmontaron los muelles porque la mafia tenía controlados a los sindicatos de estibadores y se hacía muy caro desembarcar la mercancía por ahí. ¿Tú has visto *Nido de ratas*, con Marlon Brando? Pues se desarrolla en el pueblo de al lado, en Hoboken. No te acerques mucho al borde de la azotea que me pones nervioso. Si te resbalas, vamos a terminar este día tan bonito en Morgado. Una vez, una suegra mía resbaló y me dio un susto del carajo. Pero los imbéciles de esa especie tienen un dios dedicado exclusivamente a protegerlos. La suegra tropezó con un cable, se cayó, fue rodando hasta el borde de la azotea y, cuando parecía que se caía, se le enganchó el vestido con el tubo de una antena. Eso la salvó.

Sí, los dueños de Morgado son cubanos y creo que los de Rivera, la otra funeraria del barrio, también. Te mueres y todo queda en familia. Y si te vas a casar, también. Vas a comprar los anillos y todos los joyeros son cubanos. Antes, todo esto sí era cubano. Y antes, hasta los años cincuenta, que fue cuando empezaron a llegar cubanos y boricuas para trabajar en las factorías, italiano. Y antes creo que era belga o alemán, no lo tengo claro. Y antes, nada. Era un lugar salvaje al que venían los neoyorquinos cuando querían caerse a tiros por alguna cuestión de honor, para que la policía no les interrumpiera el duelo. Ahí tienes a Hamilton, el tipo que aparece en el billete de diez pesos. Vino a batirse con Aaron Burr, que cuando aquello era nada menos que el vicepresidente del país. Se suponía que iban a disparar al aire o al suelo, una formalidad para que la sangre no llegara al río. Y no es una metáfora, porque el Hudson estaba ahí mismo. Pero después de que Hamilton disparase al aire, Burr aprovechó y lo mató. En el bicentenario del duelo lo recrearon, pero con balas de salva. Un descendiente de Hamilton de un lado y uno de Burr del otro. El descendiente de Burr era un médico chileno, creo. Para que veas las vueltas que da la vida. Por ese duelo, Burr cayó en desgracia y más nunca volvió a ser nadie en este país. Hasta no hace mucho quedaba todavía familia de él por acá y hasta tenían una tienda en Bergenline. Querían levantarle una estatua al abuelo y yo traté de ayudarlos. Nada más que por joder, porque no iba a ser Hamilton el único que tuviera una estatua en el parque y la foto en el billete. Pero, tú sabes, los del ayuntamiento de Weehawken no nos dejaron. Debieron de batirse allá abajo, por donde pasa la línea del tren. No iban a encaramarse hasta acá arriba, donde ahora está la estatua, para matarse. En esa época, la única vía para llegar acá era en bote, y había que batirse a orillas del río, porque luego viene el farallón, que no hay quien lo suba. Luego, al construir el ferrocarril a orillas del río, el monumento quedaba atravesado en

medio del camino. Por eso lo subieron. Así, cuando los turistas japoneses venían hasta acá para sacarle fotos a Manhattan, se enteraban de quién había sido Hamilton. Ahora no. Gracias al musical de Broadway, los turistas chinos, los recién casados, las quinceañeras y los chamacos de los *proms* que vienen a retratar-se al parque saben quién es Hamilton.

Porque si no sale en un musical o una película aquí a nadie le interesa la historia. Ni a los adultos, porque vinieron de otro lado, donde ya aprendieron el día y la hora en que sus muertos se cayeron a machetazos. Y a los chamas, menos. Si no les importa lo que pasó hace veinte años, qué les va a interesar lo que ocurrió hace doscientos. Será porque me estoy poniendo viejo o porque los cubanos de acá estamos pasando a la historia, pero empiezo a sentirme más cómodo en el pasado que en el presente. Uno mira todo con recelo, incómodo ante cualquier cambio que hacen los que llegan ahora, pero, si lo piensas bien, cuando los primeros cubanos llegaron acá, debieron de poner esto bo-carriba. Las viejas te cuentan que no había ni dónde encontrar palos de trapear, morteros para escachar los ajos y cosas así. Se volvían locas mandando a pedir todo eso a Miami, hasta que un cubano, un lámpara que vivía por Queens y le metía a la carpintería, empezó a producir morteros de madera y palos de trapear y todo lo que hiciera falta para abastecer la zona. Ahora no. Ahora esos tarecos te los venden donde quiera, hasta en las bodegas de indios o paquistaníes. Al trapeador lo llaman «the Cuban mop». Eso, la mopa cubana, ha sido uno de nuestros grandes aportes a la cultura de Nueva Jersey. Y quien dice de Nueva Jersey dice del mundo civilizado.

Al llegar acá en el ochenta, cuando lo del Mariel, ya toda esta zona estaba colonizada por cubanos. La mayoría, villareños. Vaya usted a saber por qué. Supongo que porque en Las Villas se concentraron los alzados contra el Gobierno en los sesenta. Primero venían las familias. Luego, cuando a los presos



los sacaban de la cárcel en Cuba, se reunían con ellas. O, si no eran ex presos, eran primos o amigos de los que ya estaban aquí. Todavía hay sociedades de hijos de Fomento y de Camajuaní, con sede oficial y todo. Y los que llegamos en el ochenta causamos un revuelo que ni te cuento. No había día en que los noticieros no mencionaran la última hazaña de los marielitos. Y aunque no quisieras que te mezclaran con los delincuentes que habían sacado de la cárcel para darnos mala fama a los que nos íbamos de Cuba, en el fondo te sentías orgulloso del título de «marielito». Era la manera de hacernos sentir. De decir: «Estamos aquí, les guste o no, y, si no nos respetan, al menos téngannos miedo». El gran aporte de los marielitos fue hacerse respetar, aunque fuera a base de aterrorizar a medio mundo. No como los anteriores, que llegaban, tú sabes, como pidiendo permiso. Todos los que han venido detrás, cubanos o no, tan muertos de hambre como nosotros o incluso más, nos deben esa soltura con que llegan. Esa relajación, esa confianza.

Pero mejor dejamos la muela y nos llegamos a El Vesubio y desayunamos un mangú. Aunque se anuncia como un restaurante cubano, los cocineros de El Vesubio son todos dominicanos y lo hacen riquísimo.

*Wonder:*

Estás unas semanas fuera y al regreso tienes que desalojar el taller de carpintería en el que llevas más de diez años trabajando. Tu único medio de vida, todo lo que te queda en este  *fucking*  mundo. El papel en la puerta decía que tenía setenta y dos horas para desalojar el taller, pero ya llevaba dos días pegado en el cristal. Sólo me quedaban veinticuatro horas. Como en una película. Llamo al dueño del edificio y me dice que, como llevaba meses sin pagarle, me había llevado a la corte. Semanas atrás, el juez me había citado a juicio por no pagar la renta, y, al no presentarme, determinó que debía desalojar el taller. Sin derecho a

reclamación. ¿Tengo la culpa de que cuando me enviaron la citación para el juicio en la corte de Jersey City estuviera en la Florida? Le ofrezco al dueño pagarle lo que le debo, explicándole que no se trata más que de un malentendido. ¿Respuesta? Que ya es demasiado tarde. Vas a Jersey City, a la corte, y te informan que no puedes hacer nada. «Así es la ley», te dicen. Con cara de pésame. Como si de verdad te quisieran hacer creer que la ley es una señora con los ojos vendados y no esa partida de jueces, *sheriffs*, inspectores y mafiosos de toda clase que a cada rato salen en las noticias tapándose la cara mientras se los llevan detenidos por casos de corrupción. «Es una minoría», aclaran. Tienen razón. Mayoría son los que escapan cada vez que el FBI hace una redada. Mayoría son los policías que aprovechan cualquier descuido para encajarte una multa asesina. Y tenemos que sentirnos dichosos de que nos den la oportunidad de pagarles un salario a los encargados de hacernos la vida cada vez más insoportable. *I hate that.*

En la corte me dijeron que lo único que podían hacer era darme una semana para sacar mis cosas de aquí. Y ya la semana pasó. Ayer me dijo Eltico que el próximo paso era que el *sheriff* del condado se apareciera por la mañana con un cerrajero a cambiar la cerradura del taller. Y entonces, si intento entrar en mi propio taller, estaría cometiendo un delito. *Trespassing*. Ya con eso me pueden mandar de cabeza a prisión. Pero no pienso dejarlos llegar siquiera hasta la puerta. Después de que dispare al *sheriff* y al cerrajero, ellos mismos pedirán refuerzos. Si sobreviven, claro. Y si no, alguien lo hará por ellos. No importa la mala opinión que la gente pueda tener de la policía: nada los pone más histéricos que la falta de autoridad. La policía enviará negociadores que, como todos saben, no vienen a negociar, sino a distraerte para buscar el mejor momento para esposarte. O para que tu cabeza entre en el campo visual del francotirador. ¡Ya me gustaría a mí negociar! Me conformaría con que me dejaran tranquilo. Que no

me cambiaran la cerradura del taller y me dejaran pagar la renta atrasada para poder seguir fabricando muebles. Pero no me hago ilusiones. Una vez que te enfrentas a la sacrosanta autoridad, incluso sin haber herido a nadie, ya no hay marcha atrás: no les quedará otro remedio que encerrarme por veinte años. Como mínimo. Porque ellos son intocables. Te matan y no te pagan, pero, si los tocas con el pétalo de una rosa, nunca más levantarás cabeza. Aunque no me importa: los voy a tratar como ellos tratan a todo el mundo. Como si fuéramos iguales. Como si yo fuera el intocable.

*British:*

Luego del pecado original de nacer en Cuba debo adelantarme catorce años para referir mi intento más serio de escaparme de allí. Más serio incluso que esconderme con once años en el baño del aeropuerto de Barajas, cuando mis padres se disponían a regresar a Cuba luego de varios años de esforzadas misiones en España. Yo tenía la esperanza de que mis padres, atareados con mis hermanos menores y con maletas que habían atiborrado de cuanto tareco les pareció útil, se olvidaran de mí y se entretuvieran hasta que les fuera imposible bajar del avión. Entonces iría a entregarme a la policía española. Pero algo debieron de pesar los breves meses que había residido en el interior de mi madre, porque, justo cuando chequeaban el equipaje, la autora de mis días se sentó encima de las maletas a gritar que no pensaba montarse en el avión sin su hijo.

Como si le hubiesen dado a escoger entre el hijo y una de sus maletas.

A los empleados del aeropuerto debió de parecerle que mi madre estaba dejando caer sobre ellos la responsabilidad de mi desaparición. Acompañados por mi señor padre, empezaron por registrar los baños. Por experiencia sabían que era el primer lugar donde buscar a un cubano desaparecido,

de cualquier edad. Al descubrirme encaramado sobre una taza, me entregué diciendo que no quería montar en el avión. Mi padre soltó aliviado: «Ah, es que el niño tiene miedo a volar».

Pero no quiero hablar de ese intento de fuga, sino del siguiente. Uno que ya no pudo confundirse con simple miedo a montar en avión.

Llevaba cuatro amargos años esperando mi oportunidad, soñando con que mi padre me llevara al menos a la fiesta de alguna embajada en La Habana donde poder esconderme (en cualquier sitio menos en el baño<sup>1</sup>). Pero compatriotas más enloquecidos que yo se me adelantaron: incrustaron un autobús contra la embajada peruana y corrieron a meterse adentro. Los custodios cubanos de la embajada ametrallaron el vehículo con un desaliño tal que uno de ellos mató a otro. Cuando Fidel anunció que, en represalia por darles asilo a los del autobús, quitaría la custodia a la embajada, yo vi las puertas del paraíso abiertas, y el paraíso no era otro que la embajada de la República del Perú en La Habana.

Fidel creyó que les crearía un caos a los peruanos cuando se vieran obligados a darles asilo a cien, doscientas, quinientas personas; cuando, para usar el inodoro, los empleados de la embajada tuvieran que hacer media hora de cola.

Algo así.

Pero tanto Fidel como yo estábamos equivocados.

Dos horas después del anuncio, yo estaba en el patio de la embajada del Perú junto a varios compinches del barrio, conjurados por el sueño de largarnos de allí, de llegar al Yuma, ese

1. La única vez que mi padre me permitió que lo acompañara fue cuando asistió a la celebración del no sé cuántos aniversario de la liberación de Bulgaria del nazismo: mi desesperación por escapar de Cuba no me impidió darme cuenta de las diferencias que había entre pedir asilo en la embajada de los hermanos búlgaros y en la de los enemigos franceses, por ejemplo.

sitio mágico en que todos los televisores eran en colores y uno podía estar oyendo rock hasta que se le cayeran las orejas.

Porque a mi regreso a Cuba, a los once años, descubrí que no hacía falta haber estado a punto de nacer en Bruselas, o en Londres, o haber vivido durante años en el extranjero, para desear escapar de aquella isla como si te quemaran las plantas de los pies con sopletes.

No era necesario haber vivido fuera de ese infierno para que estuvieses dispuesto a cualquier cosa por fugarte de él.

Y el vago concepto de «cualquier cosa» empezó a adquirir una consistencia insoportable a medida que aquel patio se fue llenando de gente hasta que no cupo un cuerpo más y aquellas masas empezaron a comportarse como era de esperar en ellas. Una cosa es echar en una mochila un par de latas de leche condensada, una cantimplora con agua fría y una bolsa de hojuelas de maíz y otra infinitamente distinta es que empiecen a acumularse las horas, hasta sumar días y semanas, y que los diez mil cuerpos que se agolpan en dos mil metros cuadrados —cinco personas por cada metro cuadrado, léanlo bien— hagan lo mínimo que pueden hacer, que es ocupar un lugar en el espacio correspondiente a su masa. Y a sudar y a excretar las chucherías indigestas que llevaron para sobrevivir a esa aventura. Tuvimos que enfrentarnos a la evidencia de que, mientras se resolviera nuestra situación, seguiríamos teniendo estómago, intestinos y nariz, y cada segundo que pasáramos allí sería una tortura que sólo podría redimir un sitio tan prodigioso como era el Yuma de nuestros sueños. Y mientras tanto, la escasa comida que pasaba la policía a través de la cerca no alcanzaba y la gente gritaba que no peleáramos, que lo hacían para que nos matáramos por las misérrimas cajitas con congrí frío que repartían. Querían filmarnos para convencer al resto de la humanidad —empezando por nuestras propias familias y terminando por el último de los esquimales— de que éramos unos sociópatas, que es

la única manera de explicarse que alguien pueda renunciar a vivir en el paraíso.

A nuestro grupo le fue bastante mejor que a otros. Nos apoyábamos, y así se hacía posible conseguir agua o comida. O cartuchos donde defecar que luego tirábamos por encima de la cerca. Pasamos semanas en medio de aquella nube insoportable en la cual se condensaba todo el hedor que pueden acumular sobre sí diez mil cuerpos, mientras las turbas desfilaban por delante de la embajada gritándonos: «¡Que se vayan! ¡Que se vayan!», y nosotros les respondíamos que eso era justo lo que queríamos, pero no entendíamos por qué les molestaba tanto. Ya antes del desfile empezaron a repartir salvoconductos para que regresáramos a casa y desde allí tramitar la salida del país. Como supusimos que era una trampa del régimen y encima le temíamos más a nuestras familias que al propio Gobierno, decidimos plantarnos y no salir de la embajada. Esperar hasta que nos llevaran al puerto del Mariel para de allí salir para el Yuma<sup>2</sup>.

Nuestros cargos de conciencia los acallamos con noticias enviadas a casa con gente que sí aceptó los salvoconductos.

En aquellos papelitos decíamos que estábamos bien, que no se preocuparan, que ya les escribiríamos con más tranquilidad desde los Estados Unidos. Como si estuviéramos encaramados en el barco.

Mandamos aquellos mensajes en parte porque queríamos que nuestras familias se tranquilizaran y no trataran de contactar con nosotros y en parte para que entendieran que nuestra decisión no tenía marcha atrás y se hicieran a la idea de que no nos verían en un buen rato, que en aquellos tiempos equivalía al resto de la vida.

2. Tampoco nos desesperamos como otros, que a la primera oportunidad se fueron al Perú y todavía queda alguno empantanado por allá. Gente a la que a cada rato les hacen un reportaje como a antiguos veteranos de alguna guerra más que perdida y que nunca se enteraron de por qué fueron a ella en primer lugar.

Una noche, llegaron militares para llevarnos hasta el campamento del Mosquito, una base militar cercana al puerto del Mariel, que era donde llegaban los yates desde la Florida para sacar a sus familiares. Pero, al llegar, los militares se empeñaban en llenárselos con cuanto delincuente o loco encontraban a mano; aunque los parientes de los que enviaban los yates no cupieran en el primer viaje; aunque los barquitos tuvieran que dar dos y hasta tres viajes antes de llevarse a los suyos. Parte del relleno gratuito de los barquitos que iban y venían por el estrecho de la Florida éramos nosotros. Nosotros y todos aquellos a los que se les ocurrió sacar de las cárceles o de los manicomios. Así demostraban tener razón: los únicos que podían estar ansiosos por abandonar la isla eran criminales o locos.

Impecable método de demostración dialéctica:

Primero, dices cualquier cosa que se te ocurra y a seguidas obligas a la realidad a adaptarse a tus palabras.

*Alejandra:*

Ya antes de llegar a Cuba intenté imaginar cómo sería vivir en «el primer territorio libre de América». Me veía como una Alicia morocha desembarcando en el país de las maravillas, pero sin reina que me quisiera cortar la cabeza. Como cualquier niño, en aquellos días yo era muy literal. «Es un pueblo invencible, un pueblo de gigantes», decían en los panfletos políticos y yo me imaginaba a gente inmensa que podía volar y detener las balas con la mano. Así que las primeras decepciones que sufrí fueron de mi entera responsabilidad. Mi llegada a La Habana, más que inmersión en el pueblo más libre del continente, fue un salto al vacío, porque del aeropuerto nos llevaron al hotel Presidente, y allí los únicos cubanos que se veían eran los empleados. Ya tendría tiempo para enterarme de que en ese hotel el salto al vacío era algo más que una expresión retórica.

«¡Viven en un hotel!», exclamaban los cubanos con los que por fin nos encontramos, con una envidia que se les chorreaba en suspiros. Y suspiraban porque ellos no sabían (creía yo) de cucarachas como nunca había visto en mi vida: criaturas enormes que paseaban tambaleándose bajo sus alas de bordes de miel convencidas —como buenas cucarachas revolucionarias— de que poco importa la muerte —a zapatazos— si de inmediato alguien va a ocupar tu lugar en el frente de lucha. Aunque eran tantas como para preguntarse si valía la pena matarlas. Años más tarde, cuando en las clases de matemáticas me hablaban de los números infinitos, los imaginaba en forma de las cucarachas enormes y parsimoniosas del hotel Presidente.

Pero las cucarachas no eran lo peor. Lo peor eran los huéspedes, todos exiliados de algún país sudamericano, sobre todo de Chile, aunque también había uruguayos, algunos bolivianos, colombianos y, por supuesto, argentinos. Daba lo mismo de dónde fueran: casi todas las semanas uno que otro se lanzaba desde las ventanas más altas hasta espachurrarse contra las losas del portal que rodeaba al hotel. Gente con historias terribles que no encontraba otra manera de zafarse de ellas que saltando por la ventana. Años más tarde descubrí que mi madre se había puesto de acuerdo con los que trabajaban en el recibidor para que le avisaran de si alguien se acababa de suicidar y así evitar que yo viese el reguero de sangre y sesos por el piso. La llamaban y decían: «Compañera, no baje ahora que estamos limpiando». (Dicen que se trató de resolver el problema poniéndoles rejas a las ventanas, pero al final decidieron que era mucho más sencillo limpiar las baldosas del portal con agua a presión que enrejar las ventanas de ciento cincuenta habitaciones. Y lo cierto es que los compañeros se la pasaban todo el tiempo limpiando los bajos del hotel).

*Compañera. Compañero.* Palabras que todos los cubanos de por aquí evitan, porque les recuerda el tono de intimidación,



de chantaje colectivo, con que eran pronunciadas en la isla. Aunque era preferible que te llamaran «compañero» que «señor» o «ciudadano». O peor, «sujeto», que es como los policías se refieren a quienes llevan detenidos a la comisaría. Confieso que al llegar a Cuba no encontraba palabra más dulce que *compañero*. Mientras en Argentina estaba impregnada de un aura de riesgo y de complicidad, en Cuba todos se llamaban así en público, como si fueran compañeros de lucha o de cama, aunque no se conocieran. Me gustaba. Era el conjuro con que una niña acompañada sólo de su madre y su abuela conseguía que todos los cubanos fueran parte de la gran familia que la estaba acogiendo. Aunque el «compañera» a veces sonara a regaño, a manera insidiosa y recíproca de humillación, a desfachatez de agua sucia que se tira a la calle sin mirar quién pasa, yo insistía en sentirla como una caricia, una mano amiga en el hombro. Algo así como «No te preocupes que no estás sola». O: «Acompáñame a resolver algo juntos». Evitaba que me sonara a «Lo siento mucho, pero si vas a vivir aquí te tienes que acostumbrar». No fue hasta después, luego incluso de cambiar el acento, que empezó a molestarme que me llamaran «compañerita», porque, excepto si se trataba de una madre hablando de las discípulas de su hija, no había manera de que esa palabra se pronunciara sin una dosis intolerable de desprecio. «¿Está segura, compañerita, de que eso fue lo que me pidió?»

Del hotel Presidente nos mudamos al apartamento de Altahabana. Era en la planta baja. Al llegar me llamaron la atención los canteros llenos de yerba y sin más flores que un marpacífico que crecía aturdido: por qué justo a él le había caído la responsabilidad de que aquello pareciera un jardín. Las paredes exteriores estaban manchadas de tierra, más o menos a la altura de la rodilla, como si a cada rato se levantara una marea de fango colorado que al retirarse dejara su marca. Pero lo que más me impresionó —me sobrecogió, podría decir— fue el tamaño del

apartamento. Daba la impresión de que cabía dentro de nuestra habitación del hotel Presidente y sobraba espacio. Miré a mi madre de frente y le dije: «Compañerita, ¿así que éste es el apartamentito que le han dado?», y con una crayola me puse a pintar una casita en la pared. Con chimenea, un caminito hasta ella y flores alrededor: una manera de decirle que después de todos esos meses en el hotel Presidente mi idea de casita seguía siendo la misma de siempre, aunque nunca hubiera vivido en una con chimenea.

Años más tarde le contaba la historia de mi llegada al apartamento de Altahabana a una amiga cubana y el padre, un ingeniero de barba y arrugas talladas en la frente, levantó la vista de un atlas y me dijo: «Pues por un apartamentito de éstos yo estuve trabajando en la construcción durante tres años para que al final nos dijeran que tendríamos que trabajar tres años más porque los que construimos había que dárselos a unos compañeros latinoamericanos». Nunca la palabra *compañeros* me supo tan amarga.

De los meses tenebrosos en el hotel Presidente recuerdo en especial a Carlos el Polaco, compañero de mi padre —y aquí *compañero* debe oler a clandestinaje, a reuniones susurrantes, a llamadas en clave—. Carlos había podido escapar por puro milagro de Argentina y, por lo inverosímil de su huida, sobre él recaía la sospecha de ser un infiltrado de la dictadura. Vivía justo encima de nosotros y tenía la costumbre, al llegar de la calle, de dar un par de taconazos en el piso, como para invitarnos a subir. Si mi madre prefería que fuese él quien nos visitara, daba a su vez unos golpes en el techo. Pero mi madre prefería dosificar nuestros encuentros con Carlos, porque —según me contó más tarde— ya le había declarado su amor por ella. Entre eso y haber sido oficialmente reconocida como viuda de la Revolución Latinoamericana, Carlos se sentía obligado a acosarla cada vez que la veía.